

Testimonio

Pedro Kropotkin

(De Príncipe en Rusia, a prisionero en las cárceles del Zar)

Carlos Díaz

Director de Acontecimiento.

1. En la Escuela de Pajes de la Rusia despótica

Pedro Kropotkin nace en 1842, hijo de príncipe ruso, en la época del zar Nicolás I, en que no existe el servicio militar obligatorio, del cual se hallan libres los nobles y los comerciantes; para cada leva de reclutas, los terratenientes se ven obligados a presentar un número determinado de siervos. El servicio militar de aquellos tiempos dura la friolera de *veinticinco años*, o sea, toda la vida, y además transcurre en circunstancias bastante penosas. Un terror sombrío se extiende por las casas de los hacendados cuando se sabe que alguno de los criados ha de ser enviado a la caja de reclutas. Al infeliz se le ponen grillos y se le vigila de cerca, se le saca en una carreta entre dos guardianes, rodeándolo todos los sirvientes. Entrar en el ejército significa, además, verse separado para siempre del pueblo natal, de la comarca y de la familia, para quedar a merced de la brutalidad de los oficiales del ejército, según nos relata el propio Kropotkin en sus *Memorias de un revolucionario*:

Golpes de los oficiales, azotes con varas de abedul y palizas por la más leve falta eran cosas normales. La crueldad de que se hacía gala superaba todo lo imaginable. Hasta en los cuerpos de cadetes, en los que sólo recibían instrucción los hijos de los nobles, se administraban algunas veces mil azotes con varas de abedul, en presencia de todos, por

cuestión de un cigarrillo, hallándose al lado del niño atormentado el médico, quien sólo ordenaba que se suspendiera el castigo cuando observaba que el pulso se hallaba próximo a dejar de latir. La víctima, cubierta de sangre y sin conocimiento, era llevada al hospital. El jefe de las escuelas militares, el gran duque Mijail, separaría pronto al director de un cuerpo donde no hubiera habido uno o dos casos semejantes todos los años: «No hay disciplina», hubiese dicho.

Con simples soldados la cosa era mucho peor. Cuando alguno aparecía ante un consejo de guerra la sentencia era que mil hombres se colocaran en dos filas una frente a otra, estando cada soldado armado de un palo del grueso del dedo pequeño, y que el condenado pasara tres, cuatro, cinco o seis veces por el centro recibiendo un golpe de cada soldado, vigilando la operación los sargentos a fin de que aquéllos le dieran con fuerza. Después de haber recibido mil o dos mil golpes, la víctima, escupiendo sangre, era conducida al hospital, donde se procuraba curarla con objeto de que se concluyera de aplicar el castigo tan pronto como se hallara más o menos repuesta del efecto de la primera parte; si moría en el momento, la ejecución de la sentencia se completaba en el cadáver. Nicolás I y su hermano Mijail eran implacables; no había jamás indulto posible.

Estas condiciones no se suavizaron hasta la muerte de Nicolás I. Y es Kropotkin quien recuerda una anécdota de su infancia con semejante déspota de hierro, que moriría cuando nuestro autor tenía trece años:

Cuando yo tenía ocho años, no recuerdo bien con qué motivo, pero probablemente fue el vigésimo aniversario de la subida al trono de Nicolás I, se prepararon grandes festejos en Moscú. La familia imperial venía a visitar la antigua capital, y la nobleza moscovita se proponía celebrar el acontecimiento con un baile de trajes, en el que los niños representarían un importante papel. El inmenso salón del palacio de la nobleza moscovita estaba cuajado de invitados. Bien fuera por ser yo el más pequeño de todos los niños presentes, o porque mi cara redonda, adornada por un cabello rizado, y la cabeza cubierta con un gran gorro de pelo de astracán, llamaron su atención, lo cierto es que Nicolás I quería que me llevaran a donde él estaba, y allí permanecí entre generales y señoras que me miraban con curiosidad. Después me dijeron que el emperador, que siempre fue aficionado a chistes de cuartel, me tomó por el brazo, y conduciéndome a donde estaba María Alexandrovna (la esposa del príncipe imperial), que se hallaba próxima a su tercer alumbramiento, dijo en su lenguaje militar: «Esta es la clase de niños que debéis traerme», gracia que le hizo ruborizar en extremo.

Aún con catorce años, en agosto de 1857, bajo el imperio del zar Nicolás II, el padre de Kropotkin logra que éste entre en el cuerpo de pajes de San Petesburgo:

La tan anhelada ambición de mi padre se realizó al fin: había una vacante en el cuerpo de pajes y me llevaron a San Petesburgo, donde ingresé en el colegio. Sólo ciento cincuenta niños, en su mayoría hijos de la nobleza de la Corte, recibí-

La cárcel

an educación en este cuerpo privilegiado, en el que se combinaban el carácter de escuela militar, a la que se habían otorgado derechos especiales, y el de institución cortesana agregada a la casa imperial. Tras haber pasado cuatro o cinco años en el cuerpo de pajes, los que aprobaban el examen final eran recibidos como oficiales en cualquier regimiento de la guardia o de otra arma cualquiera, hubiera o no vacantes; cada año, los dieciséis alumnos más distinguidos eran nombrados pajes de cámara, personalmente agregados a los varios miembros de la familia imperial: el emperador, la emperatriz, las grandes duquesas y los grandes duques, lo que, por supuesto, se consideraba un gran honor y, además, los jóvenes en quienes recaía se daban a conocer en la corte y tenían muchas probabilidades de ser nombrados ayudantes de campo del emperador o de alguno de los grandes duques y, por consiguiente, contaban con grandes posibilidades para hacer una brillante carrera al servicio del Estado.

Mientras Kropotkin está en estos estudios, el nuevo zar Alejandro II decide abolir la esclavitud (1863):

Cuando vi a nuestros campesinos en Nikólskoié quince meses después de la liberación no pude menos que admirarlos. Su bondad ingénita y su dulzura eran las mismas; pero toda clase de servilismo había desaparecido. Hablaban a sus amos como de igual a igual, como si jamás hubieran estado en otras relaciones.

En nuestra vecindad casi todos dejaron a sus amos; en casa de mi padre, por ejemplo, no quedó ninguno, se fueron a otra parte en busca de empleo, y muchos de ellos lo encontraron al momento en casa de los comerciantes, que tenían a gala disponer del cochero de tal o cual príncipe, o del cocinero de tal o cual general.

Respecto a los propietarios, mientras los más importantes se esforzaban todo lo posible en San Petesburgo por reinstaurar la antigua situación, lo que consiguieron hasta cierto punto con Alejandro III, la gran mayoría se sometió a la abolición de la servidumbre como a una especie de calamidad necesaria.

Para muchos propietarios la liberación de los siervos constituyó un excelente negocio; así, por ejemplo,

tierras que mi padre, anticipándose a la emancipación, vendió en parcelas al tipo de once rublos el acre ruso, fueron luego estimadas al de cuarenta en las entregadas a los campesinos, esto es, tres veces y media más de su precio en el mercado, y eso era lo corriente en todos nuestros alrededores.

¡Cuánto cuesta siempre a los pobres la liberación que les niegan los ricos de corazón rocoso! De todos modos, la siguiente deliciosa anécdota bien puede poner un poco de bálsamo:

Diez años después de esta época memorable fui a aquella misma finca que había heredado de mi padre, donde permanecí algunas semanas, y en la tarde del día de mi partida el cura de nuestra aldea, hombre de inteligencia e ideas independientes, tipo que se encuentra algunas veces en nuestras provincias del Sur, salió a dar un paseo por los contornos del lugar. La puesta del sol era espléndida; un aire embalsamado venía de los campos, y a poco de caminar encontré a un aldeano de una edad regular, llamado Antón Savéliev, sentado sobre un pequeño altozano, leyendo el libro de los salmos. El pobre apenas sabía deletrear el antiguo eslavo, y con frecuencia solía empezar un libro por la última página, volviendo éstas al revés; pero, así y todo, le agradaba la lectura y, cuando encontraba repetida una palabra que llamaba su atención, eso le producía contento; en aquel instante leía un salmo, cada uno de cuyos versículos empezaba con la palabra regocijáos.

«¿Qué leéis?», le preguntó el pope. A lo que contestó: «Os lo voy a decir ahora, padre. Hace catorce años el viejo príncipe vino aquí, era invierno. Yo no había hecho más que

volver a casa medio helado; se había desencadenado una tormenta de nieve; no hice más que empezar a desnudarme, cuando se oyó un golpe en la puerta. Era el corregidor, que gritaba: “¡Id a casa del príncipe, os necesita!”. Todos nosotros —mi mujer y mis hijos— nos quedamos petrificados. “¿Para qué te querrá?”, exclamó mi mujer alarmada. Salí santiguándome; la nieve me quitaba la vista al cruzar el puente, pero todo concluyó bien. El viejo príncipe estaba durmiendo la siesta y, cuando despertó, me preguntó si sabía de albañilería, y sólo me dijo que volviera al día siguiente a tapar los desconchados que había en una habitación. Así que me fui a casa muy contento y, al llegar al puente, encontré allí a mi mujer, que me esperaba. En aquel lugar había permanecido, a pesar de la tormenta, aguardándome con el niño en brazos. “¿Qué ha ocurrido, Savéliev?” gritó al verme. “Nada de particular —le contesté—; sólo me necesita para hacer un arreglo”. Esto pasaba, padre, en aquel tiempo, y ahora el joven príncipe vino aquí el otro día; fui a verlo y lo encontré en el jardín tomando el té a la sombra; usted, padre, estaba con él y con el corregidor del cantón con su cadena de alcalde sobre el pecho. “¿Quieres tomar té, Savéliev?”, me preguntó, “Toma asiento”. “Piotr Gregorich —dijo al mayordomo— danos otra silla”. Y aquel que tanto nos aterraba cuando estaba al servicio del viejo príncipe, la trajo, y todos nos sentamos en torno de la mesa, hablando y tomando el té que él mismo nos sirvió a todos nosotros. Pues bien, padre, como la tarde está tan hermosa y el aire viene embalsamado, yo me siento y leo: ¡regocijáos! ¡regocijáos!».

Esto es lo que la abolición de la servidumbre significaba para los campesinos.

2. Cinco años en Siberia: un nuevo mundo

Y he aquí que a Siberia llega un joven dispuesto a trabajar con todo el entusiasmo de los 19 años:

Los cinco años que pasé en Siberia fueron para mí muy instructivos respecto al carácter y la vida huma-

La cárcel

nos. Mis largos viajes, durante los cuales recorrí más de 85.000 kilómetros en carros, en vapores, en botes, y principalmente a caballo, fueron de un efecto maravilloso en la mejora de mi salud. Con unas libras de pan y unas onzas de te en una bolsa de cuero, una tetera y un hacha colgada de la silla, y bajo ésta una manta para extenderla al fuego sobre una cama de ramitas de pinabete recientemente cortadas, se disfruta de una admirable independencia, aun en medio de montañas desconocidas, densamente cubiertas de bosque o coronadas por la nieve.

Pronto se implica en las reformas administrativas liberalizadoras de Siberia, trabajando día y noche, pero al final, viendo que no hay nada que hacer al respecto, en el verano del 1863 decide visitar el Amur, lo que le sirve para adquirir conocimientos científicos y geográficos sobre el terreno. Imposible, pues transformar Siberia:

Varias partidas de desterrados políticos rusos fueron enviados a Siberia durante el siglo anterior; pero, con esa conformidad con el destino que caracteriza a los rusos, jamás se rebelaron; dejaban que los mataran lentamente sin intentar jamás liberarse. Los polacos, por el contrario —dicho sea en honor suyo— nunca fueron tan sumisos. Sólo a la Siberia oriental habían sido desterrados once mil polacos, entre hombres y mujeres, a consecuencia de la insurrección de 1863; en su mayoría eran estudiantes, artistas, ex-oficiales nobles y, en particular, artesanos que procedían de la inteligente población obrera de Varsovia y de otras ciudades. Una gran parte de ellos era empleada en trabajos forzados, y los restantes habían sido dispersados por el país en pueblos donde no hallaban trabajo alguno, y vivían sumidos en la miseria. Los destinados a trabajos forzados se ocupaban en Chitá de la construcción de barcas para el Amur —estos eran los menos desgraciados— o bien en talleres de fundición y en las salinas. Vi algunos de éstos en el Lena haciendo un trabajo tan penoso y sufriendo tales cambios bruscos de temperatura, que a los dos años de tan atroz faena estos mártires morían con seguridad de consunción.

A la vista de todo ello, a comienzos de 1867 su hermano Alejandro y él abandonan Siberia y ponen rumbo a San Petesburgo. He aquí, en síntesis, el balance de toda aquella actividad, que no es otro sino el descubrimiento del *apoyo mutuo*:

Los años que pasé en Siberia me enseñaron muchas cosas que difícilmente hubiera logrado aprender en otra parte: pronto me convencí de la absoluta imposibilidad de hacer algo de verdadera utilidad para la masa del pueblo por medio de la máquina administrativa; tal ilusión la perdí para siempre. Entonces fue cuando empecé a comprender, no sólo al hombre y su carácter, sino el móvil interno de la vida de las sociedades humanas. El trabajo constructivo de la masa anónima, del que rara vez se hace mención en los libros, me mostró por completo la importancia de tal obra en el crecimiento de las formas de la sociedad. Presenciar, por ejemplo, de qué modo las comunidades de Dujoborsti (hermanas de las que ahora van a establecerse en el Canadá, y que tan favorable acogida encuentran en los Estados Unidos) emigraron a las regiones del Amur, ver las inmensas ventajas que les reportó su organización fraterna, casi comunista, y hacerse cargo del éxito admirable que alcanzó su colonización, en medio de todos los fracasos de la oficial, fue aprender algo que no se encuentra en los libros. Además, vivir con los indígenas, ver funcionando todas las formas complejas de organización social que ellos habían elaborado bien distantes de la influencia de toda civilización, significó para mí, como no podía ser menos, acumular torrentes de luz que iluminaron mis estudios posteriores. La parte que las

masas, el pueblo, representa en la realización de todos los acontecimientos históricos importantes, y aun en la guerra, se hizo patente para mí por medio de la observación directa, llegando a tener ideas similares a aquellas que expresa L. N. Tolstoi, concernientes a los jefes y las masas, en su monumental obra Guerra y paz.

Desde los diecinueve hasta los veinticinco años tuve que ocuparme con importantes trabajos de reformas, tratar con centenares de hombres en el Amur, disponer y llevar a cabo arriesgadas expediciones, con medios ridículos por su insignificancia, y otras cosas parecidas; y, si todo esto terminó de un modo más o menos satisfactorio, sólo lo atribuyo al hecho de que pronto comprendí que, en situaciones graves, el mando y la disciplina prestan poca ayuda. Los hombres de iniciativa hacen falta en todas partes, pero —una vez dado el impulso— la empresa ha de realizarse, especialmente en Rusia, no de forma militar, sino comunal, por medio del acuerdo general. Desearía que todos los que fraguan planes de gobierno autocrático pudieran pasar por la escuela de la vida real antes de empezar a forjar sus utopías de Estado: entonces se oiría hablar mucho menos que hoy de proyectos de organización militar y piramidal de la sociedad.

3. En la cárcel de san Pedro y san Pablo

En el otoño de 1867 ingresa Kropotkin en la Universidad sentándose en los bancos de la Facultad de matemáticas con jóvenes, casi niños, de mucha menor edad que él, pues gracias a las matemáticas va a poder realizar los cálculos necesarios para tratar con rigor los descubrimientos geográficos que luego traduce en mapas, libros, etc, llegando a ser secretario de la sección de geografía física de la Sociedad Geográfica rusa y a obtener galardones muy importantes. Pero aquella actividad tampoco constituye un fin en sí: «¿Qué derecho tenía yo a estos goces de un

La cárcel

orden elevado, cuando todo lo que me rodeaba no era más que miseria y lucha por un triste bocado de pan?»

De este modo, aunque siguiera durante toda su vida elaborando trabajos científicos, decide abandonar Rusia, conocer sobre el terreno la estructura y los militantes de la I Internacional de Trabajadores, contactando con los anarcointernacionalistas de Zurich, Ginebra, Neuchatel, etc, hasta que vuelve a Rusia, donde entra en contacto con los revolucionarios de su país durante dos años, siendo el resultado la detención y la cárcel, nada menos que la terrible fortaleza de san Pedro y san Pablo, donde tanta vitalidad de Rusia había perecido durante los dos últimos siglos, y cuyo nombre se pronunciaba siempre a media voz en san Petesburgo; en comparación con ella, las cárceles de Pinochet habían de ser cosa de broma.

Pero ni en la lóbrega mazmorra es abatido un hombre grande. La Academia de Ciencias pone a su disposición en la celda la bibliografía necesaria, estudia, escribe, hace gimnasia, pasea para desentumecerse, y hasta se comunica con otros presos por el sistema de los golpes en la pared:

Uno, dos, tres, cuatro... once, veinticuatro, quince golpes; después una pausa seguida de tres y más y una larga sucesión de treinta y tres. Lo cual se repetía en el mismo orden, hasta que el vecino llegaba a comprender que esto quería decir: ¿Kto vy? («¿Quién sois?»), siendo la letra v la tercera de nuestro alfabeto. De este modo se entablaba la conversación, que por lo general se mantenía sirviéndose del alfabeto abreviado inventado por el decabrista Bestuyev: se le divide en seis hileras de cinco letras cada una, marcándose cada letra por su hilera y el lugar que ocupa en la misma.

Con gran satisfacción descubrí que tenía a mi izquierda a mi amigo Srdiukov, con quien pronto podría hablar de todo, particularmente usando nuestra clave. Pero esta comunicación con mis semejantes produjo penas lo mismo que alegrías.

Por el procedimiento indicado, mi amigo entablaba casi todos los días conversación con un campesino a quien no conocía, situado en una celda bajo la que yo ocupaba, y muchas veces, aun sin querer, mientras trabajaba, seguía su diálogo. También yo hablé con él. Si el aislamiento absoluto, sin ninguna clase de trabajo, es duro para hombres con instrucción, lo es infinitamente más para un campesino, acostumbrado al trabajo físico. La situación de este pobre amigo era bien lamentable, pues, habiendo pasado cerca de dos años en otra prisión antes de traerlo a la fortaleza, su ánimo se hallaba profundamente quebrantado. Su delito consistía en haber oído propagar el socialismo. Pronto empecé a notar que de tiempo en tiempo su razón divagaba; gradualmente sus pensamientos se fueron haciendo cada vez más confusos, y los dos percibimos, paso a paso, día a día, señales evidentes de que su razón se oscurecía, hasta que por fin en su conversación se reveló su estado. Ruidos espantosos y gritos terribles nos llegaban desde su celda; el infeliz estaba loco, y sin embargo tuvo que pasar varios meses en tal estado en la celda, antes de que lo trasladaran a un manicomio, del que ya no salió jamás...

Yo llegué por el citado medio a contar a un joven que estaba en la celda inmediata toda la historia de la *Comuna de París*, invirtiendo en ello una semana.

Aquello era temple, amor a la causa, humanismo de una pieza: ¿de qué material estaban hechos aquellos seres humanos? Yo no me imagino a muchos cristianos de hoy encerrados por ser seguidores de Jesús contando el Evangelio a un desconocido al otro lado de la

celda... Pero el cuerpo enferma. Habían transcurrido dos años; varios presos perdieron durante ese tiempo la vida, otros la razón, y, sin embargo, aun no sabía Kropotkin cuándo se vería su causa en la Audiencia:

«Mi salud empezó a resquebrajarse hacia el fin del segundo año, habiendo enfermado de escorbuto; empeoró aún más debido a la pesada atmósfera de la pequeña celda, que sólo medía cuatro pasos de un ángulo a otro y en la cual, desde que empezaban a funcionar los tubos de calefacción, cambiaba la temperatura de un frío glacial a un calor insupportable.

Como había que girar con tanta frecuencia, a los pocos momentos de pasear me mareaba, y los diez minutos de ejercicio al aire libre en el rincón de un patio cerrado entre altos muros de ladrillo no me servían de mucho. Respecto al médico de la cárcel, que no quería oír la palabra *escorbuto* pronunciada «en su prisión», cuanto menos se hable de él, tanto mejor. De tal manera se debilitaron mis fuerzas digestivas, que pronto no pude comer más que un poco de pan y uno o dos huevos al día; mi decaimiento avanzaba aceleradamente, y la opinión general era que sólo me quedaban unos meses de vida. Unos diez días después fui transferido al hospital militar, al que dos de mis compañeros habían sido trasladados cuando era seguro que morirían pronto por consunción.

Y será el hospital el lugar de la fuga tan espectacular e ingenuamente pensada, de la que sólo vamos a transcribir aquí su primer momento fallido, el cual da idea de la distancia que separa el ayer del hoy:

Yo mismo di el siguiente plan de fuga: una señora ha de venir en un carruaje descubierto al hospital; deberá bajarse y aquél esperarla en la calle a unos cincuenta pasos de la puerta. Cuando me saquen a las cuatro, me pasearé con el sombrero en la mano, y alguien que pase ante la puerta verá en ello una señal de que no hay novedad en la prisión. Entonces debéis contestar con otra que signifique «calle libre», sin lo cual no me moveré, y una vez fuera confío en que no han de capturar-me. Para vuestra señal sólo debe

La cárcel

usarse la luz y el sonido. El cochero puede enviar un rayo de luz sobre el edificio, sirviéndose como reflector de su sombrero acharolado, o mejor aún, se puede utilizar una canción que no deje de entonarse, mientras no haya novedad en la calle, a menos que se pueda ocupar la casita gris que se ve desde el patio y hacer la señal desde su ventana.

El centinela correrá tras de mí como el perro tras la liebre; pero tendrá que describir una curva, mientras que yo correré en línea recta y siempre le llevaré algunos pasos de delantera. Ya en la calle saltaré al carruaje y partiremos al galope; si el soldado hace fuego, sufriremos las consecuencias, puesto que el evitarlo no se halla a nuestro alcance; de todos modos, entre una muerte segura en la prisión y otra problemática en la calle, la elección no es dudosa.

Al fin se fijó el día de la fuga. El 29 de junio es el día de san Pedro y san Pablo y mis amigos, dando un toque de sentimentalismo al asunto, querían liberarme en ese día. Hice todo lo convenido, pero lo que menos se podía esperar fue lo que aconteció. Centenares de globos como el que se necesitaba se hallan siempre en venta, pero aquella mañana no los había; no pudo encontrarse ni uno solo. Al fin se halló uno en poder de un niño, pero estaba viejo y no se elevaba. Mis amigos corrieron a la tienda de un óptico, compraron un aparato para hacer hidrógeno, y aunque lo llenaron de éste, no consiguieron su objeto, porque se les olvidó sacar el referido gas.

Entonces una señora, viendo que el tiempo pasaba, ató el globo a su sombrilla y, manteniéndolo en alto, se paseó arriba y abajo por la calle, pero yo nada ví, porque o el muro era demasiado alto, o ella tenía poca estatura.

Aseguro al lector interesado que no saldrá de su asombro leyendo a partir de aquí en las *Memorias de un revolucionario* de Kropotkin los detalles relativos a la fuga (Ed. Zero, Bilbao, 1973, pp. 310-317), pero sólo ese episodio merecería una película: ¿a qué aguardan los cineastas de hoy, tan complacidos en un cine enfermo, al menos en la medida en que siempre está enca-

mado?

4. Itinerante por Europa, en pos de la justicia libre, igual y fraterna

Tras peripecias y avatares lógicos aun cuando a la par inverosímiles, recalca en Edimburgo, y luego en Suiza, Francia, España, Inglaterra, etc.

Políglota desde la cuna (un príncipe ruso debía hablar correctamente —como mínimo— también francés y alemán); luego, para sus trabajos científicos, aprenderá inglés; además, durante sus excursiones científicas a Escandinavia ha estudiado noruego, aunque al parecer él no se había percatado de ello:

Un socialista debe siempre vivir de su trabajo y, en consecuencia, tan pronto como me instalé en una pequeña habitación situada en un barrio extremo de la capital de Escocia, procuré buscar algún trabajo.

Entre los pasajeros que venían en nuestro vapor había un profesor noruego, con quien conversé más de una vez, procurando recordar lo poco que antes sabía de la lengua sueca. Él hablaba alemán pero, al ver que yo trataba de aprender su idioma, me dijo: «Puesto que sabéis algo, hagamos uso del noruego».

— ¿Queréis decir sueco?, me atreví a preguntarle: ¿no es esto lo que hablo?

— Me parece más bien noruego que otra cosa, fue su contestación.

Me ocurría así lo mismo que a uno de los héroes de Julio Verne, que aprendió por equivocación portugués en vez de castellano.

Así pues, mientras luchaba por la causa de los desheredados viviendo pobremente de sus trabajos geográficos y científicos, aunque con identidad personal falsa para no caer en manos de la policía, le ocurrió lo siguiente:

Un día el gerente tomó de un estante varios libros rusos, encargándose hiciera una crónica para la *Nature*. Su vista me aturdió, pues se trataba de mis propias obras sobre Los Glaciales y La Orografía de Asia. Dada mi gran perplejidad metí los libros en mi cartera y me los llevé a casa para reflexionar sobre el asunto.

¿Qué debo hacer?, me pregunté. No puedo elogiarlos porque son míos, ni criticarlos puesto que ellos expresan mis opiniones. Decidí, pues, devolverlos al día siguiente y manifestarle que, a pesar de haberme presentado con otro nombre, yo era el autor de aquellos libros y no podía, por tanto, juzgarlos.

Aquel señor sabía por los periódicos algo respecto a mi fuga, y se manifestó muy complacido porque yo me hallara libre de todo peligro en Inglaterra. En cuanto a mis escrúpulos, observó —con muy buen juicio— que podía abstenerme de censurar o elogiar al autor, limitándose sencillamente a dar cuenta a los lectores del contenido de aquéllos. Desde aquel día quedamos unidos por los lazos de una sincera y leal amistad.

5. Tres años más de prisión en Clairvaux

Acusado al fin de pertenecer a la primera Internacional de Trabajadores, oh gran delito, pasa primero dos meses en la cárcel de Lyon, y luego tres años en la de Clairvaux, antaño abadía de san Bernardo, de la cual hiciera primero la revolución francesa un asilo para los pobres, y —siguiendo la lógica— luego una casa de corrección más conocida como «casa de corrupción». ¡Pobres san Pedro y san Pablo primero, y ahora san Bernardo dando nombre a las cárceles! Al menos esta cárcel de ahora se encuentra

La cárcel

mejor acondicionada, y no se parece a la anterior. De nuevo vuelve a estudiar, a colaborar científicamente con la *Enciclopedia Británica* y el *Nineteenth Century*, así como también ayuda a los demás:

Como es natural, desde el primer momento se organizaron clases y, durante los tres años que permanecemos en Clairvaux, di a mis compañeros lecciones de cosmografía, geometría y física, ayudándoles también en el estudio de idiomas.

Pero la cárcel es la cárcel, con su terrible dureza física, sus secuelas psíquicas, y todo lo demás; desde entonces se convierte Kropotkin en un paladín de la lucha contra el régimen carcelario, escribiendo mucho en contra del mismo. Su propia salud vuelve a resentirse, y su compañera, que hacía el doctorado en París, decide venir a vivir al pueblecito más próximo para compartir con él todas las penalidades: ejemplar monogamia libertaria la de estos grandes clásicos del anarquismo, que sólo la muerte separa.

A mediados de 1886 es puesto en libertad; las *Memorias de un revolucionario* concluyen con un Kropotkin que tiene cincuenta y siete años de edad, pero la vida continúa en la misma tónica: lucha por la liberación de los oprimidos y explotados, elaboración de un trabajo teórico importante, y por doquier aureola de humanismo.

Pero, apenas se entera de que la revolución ha triunfado en Rusia, no duda en volver a su tierra natal: un ruso siempre procura volver, y además ahora por doble motivo: Kropotkin espera encontrar tierra buena para la causa buena, la anarquista, en medio de la revolución proletaria, pero la amarga decepción de su vida ya avanzada, anciana, es que en Rusia se ha instalado un socialismo, sí, pero dictatorial, el de Lenin: como Kropotkin lo denominará, un «tordo blanco», pues si es socialismo sólo puede ser en libertad, y si es dictatorial sólo puede ser en no-socialismo. Nadie creyó a los grandes anarquistas

cuando lo dijeron.

6. Vuelta en la vejez a la Rusia comunista, y muerte

El 7 de febrero de 1921 muere Pedro Kropotkin en Dmitrov, a los 79 años. He aquí lo que cuenta Rudolf Rocker respecto de esta última etapa de los Kropotkin en *Revolución y regresión*, un delicioso libro traducido por Diego Abad de Santillán, y editado en Ed. Cajica, Puebla (México, 1967) en una preciosa edición:

Aun cuando había que contar con su fin, pues era ya un hombre de 79 años, la noticia de su muerte me afectó hondamente. Yo debía mucho a Kropotkin; de todos aquellos con quienes entré en contacto, fue el que más ha influido en mi vida. Lo que deploré grandemente fue que su vida terminase en condiciones tan lamentables. Vivía con su mujer, Sofía, en una pequeña población casi enteramente aislada del mundo exterior, pues por aquel tiempo sólo llegaba un tren por mes a Moscú, de modo que el número de visitantes que recibía no era muy grande. Lo que más faltaba al anciano eran periódicos y revistas del extranjero, que podían tenerle al corriente de la marcha de los acontecimientos.

Algún tiempo después de la muerte de Pedro, nos visitó su hija Sacha en Berlín. Por ella conocimos por menores íntimos de los últimos años de vida de su padre. Mientras éste vivió en Moscú intentó, a pesar de su edad avanzada, participar de forma activa en los acontecimientos y cooperar en la reforma de la vida social, tan urgentemente necesaria

para salir del caos existente y hacer posible un comienzo creador. Con ese fin había fundado junto con otros una *Asociación de Federalistas*, una agrupación de técnicos, agrónomos, ingenieros, químicos y otras profesiones para la aplicación práctica de las conquistas científicas en la industria y en la agricultura, que podría apoyar eficazmente a los soviets de obreros y campesinos en la construcción de una nueva sociedad.

Pero, tras el golpe de Estado de los bolcheviques, y luego del desarrollo de la llamada *dictadura del proletariado*, esos intentos se volvieron cada vez más infructuosos, pues lo que importaba ante todo a los nuevos amos era afirmar el poder de su partido. Por esta razón veían con la más profunda desconfianza desde el comienzo todos esos ensayos fuera del estrecho cuadro partidista, e incluso las iniciativas más fecundas fueron despiadadamente aplastadas en el engranaje de una nueva burocracia para la que eran extrañas todas las consideraciones humanas. Lo mismo que las cooperativas, que junto con los soviets habrían podido cumplir una tarea constructiva fecunda, la Asociación de Federalistas cayó pronto víctima de la nueva tiranía. Lo exactamente que juzgó ya entonces Kropotkin la situación de Rusia se desprende de su conocido *Manifiesto a los trabajadores de Europa occidental*, sacado clandestinamente de Rusia.

Durante su aislamiento en Dmitroff vivió Kropotkin con su mujer en condiciones muy precarias. Carecía de todo. En el invierno no había bastante combustible para que los ancianos gozasen de una temperatura pasable. La alimentación era escasa y sin el valor nutritivo que tanto habría necesitado Kropotkin a su edad. Así se produjo gradualmente una decadencia de sus fuerzas físicas y se manifestaron frecuentes enfermedades. No habría tenido que ser así, pues el departamento de publicaciones gubernativas, que en aquel tiempo publicaba las ediciones de los clásicos socialistas, ofreció a Kropotkin 250.000 rublos por la publicación de sus obras, lo cual rechazó diciendo que hasta entonces no había confiado a ningún gobierno la publicación de sus trabajos. Kropotkin rechazó incluso la llamada *ración académica* que le había

La cárcel

asignado Lunatschsky, y a la cual tenía derecho como sabio. No quería tener que agradecer nada a ese gobierno, que bajo la máscara del socialismo había impuesto al pueblo ruso un despotismo nuevo y peor.

Cuando no se sentía muy afectado por la enfermedad, Pedro trabajaba con todo empeño en su última obra, *La Ética*, que por desgracia no pudo concluir. En la casa de Dmitrov había dos grandes habitaciones. Una servía a Pedro de despacho; en la otra atendía Sofía los quehaceres domésticos. Las dos habitaciones estaban separadas por un grueso muro, en el que, según la costumbre rusa, se había construido una estufa que calentaba ambas habitaciones. Pero, como el combustible en el invierno era muy escaso, cerraba Sofía siempre el acceso del calor a su habitación, para que el despacho de Pedro lo recibiese todo a fin de templar el ambiente durante su labor. Mas él descubrió pronto la treta y, cuando ella volvía la espalda, espía sin ruido hacia la estufa y volvía a abrir el cierre, hasta que Sofía tuvo que renunciar finalmente a ese recurso.

Supimos también por Sofía que Kropotkin no se había retirado a Dmitrov por propia voluntad. Después de que los agentes de la checa le hicieran dos visitas y le registrarán el domicilio donde vivía en Moscú con su familia, el anciano no quiso exponerse a nuevas humillaciones y prefirió la residencia en Dmitrov, aunque en las condiciones de entonces equivalía a un destierro.

En abierta contradicción con este indigno trato a uno de los más grandes hijos de esa tierra, estaba la conducta de Lenin, cuando recibí noticias de la última enfermedad de Kropotkin. Envío inmediatamente los mejores médicos a Dmitrov con alimentos apropiados y todo lo que se necesitaba. Además exigió que se le informase a diario sobre el estado del enfermo, y esos informes fueron publicados por disposición suya en la prensa. Pero el arte de los médicos llegó demasiado tarde; los días de Pedro estaban contados. Si se compara los años miserables que le fueron deparados a Kropotkin en el crepúsculo de su vida, con la atención repentina que se le testimonió cuando luchaba ya con la muerte, se tiene la sensación de un escarnio. Pero, como creía Sofía, es probable que Lenin mismo no supiese nada de esas cosas. En un Estado policial to-

talitario todo es posible.

En qué circunstancias ha muerto Sofía, si el Museo Kropotkin ha sido clausurado mientras ella vivía o tan sólo después de su muerte, eso no se ha podido saber hasta hoy. Solamente sabemos que el Museo no existe ya, y que el sueño de Sofía de instalar un lugar de honor para su esposo en su país natal, del cual es merecedor como ningún otro, se ha disipado.

Preguntar acerca de los motivos que pudieron haber movido al gobierno de Stalin a ese acto de violencia, está de más. El que haga tales preguntas todavía, sólo demostrará no haber comprendido la esencia de la dictadura rusa.

En fin, para completar estos últimos momentos, nada mejor que reproducir, siquiera brevemente, el testimonio de otra revolucionaria rusa, Emma Goldman, que tras vivirlo *in situ* lo relata así en su obra *Viviendo mi vida* (vol. II. Ed. Madre Tierra, Móstoles, 1995, pp. 382 ss):

En Moscú las expresiones de afecto y estima hacia Pedro Kropotkin se convirtieron en una manifestación tremenda. Desde el momento en que llegó el cuerpo a la capital y fue situado en la sede de los Sindicatos, y durante los dos días enteros en que el difunto yació con gran ceremonia en la Sala de Mármol, comenzó un desfile de gente como no se había visto desde los días de «Octubre».

La Comisión había enviado a Lenin una petición para que liberara temporalmente a los anarquistas encarcelados en Moscú y permitirles tomar parte en el último homenaje rendido a su difunto amigo y maestro Pedro Kropotkin. Lenin prometió que así lo haría, y el Comité Ejecutivo del Partido Comunista ordenó a la Checa Panrusa que liberara «según su entender» a los anarquistas

encarcelados para que pudieran asistir a las exequias. Pero, evidentemente, la checa no estaba dispuesta a obedecer ni a Lenin, ni a la autoridad suprema de su partido. Quería saber si la Comisión garantizaría el regreso de los prisioneros a la cárcel. La Comisión se comprometió de forma colectiva, después de lo cual la Checa Panrusa declaró que «no había anarquistas en las cárceles de Moscú».

El entierro fue pospuesto durante una hora. Las grandes masas de fuera tiritaban en el frío glacial de Moscú, esperando todos la llegada de los discípulos del maestro que estaban encarcelados. Por fin llegaron, pero sólo siete, de la cárcel de la Checa. En el último momento la Checa aseguró a la Comisión que habían sido liberados y que iban de camino.

Los prisioneros de permiso actuaron de portadores del féretro. Con orgullosa tristeza transportaban los restos de su amado maestro y compañero. En la calle fueron recibidos por la multitud con un silencio impresionante. Soldados sin armas, marineros, estudiantes y niños, organizaciones obreras de todos los oficios y grupos de hombres y mujeres en representación de las profesiones cultas, campesinos y numerosos grupos de anarquistas, todos con sus banderas rojas y negras, una multitud unida sin coerción, ordenadamente, sin recurrir a la fuerza, recorrió el largo trayecto, una marcha de dos horas, hasta el cementerio de Devichy, a las afueras de la ciudad.

Al llegar al Museo de Tolstoi, recibieron al cortejo los sones de la *Marcha fúnebre* de Chopin y un coro formado por los seguidores del profeta de Yasnaia Poliana. En agradecimiento, nuestros compañeros bajaron sus banderas, en oportuno tributo de un gran hijo de Rusia a otro.

Al pasar por la prisión de Butirki la comitiva se detuvo de nuevo, y las banderas fueron bajadas en señal de último saludo de Pedro Kropotkin a sus valientes compañeros que le decían adiós desde las ventanas enrejadas.

La comitiva sigue aún, y ahora vuelve a detenerse: ¡Adios, Piotr! Desde este mundo todavía enrejado, ¡salud, anarquía y colectivismo para siempre!